

MICHELLE RICHMOND

El
PACTO

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA | NOIR

1

Me despierto en un Cessna, en plenas turbulencias. Me duele la cabeza, y hay manchas de sangre en mi camisa. No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. Me miro las manos, pensando que me las veré esposadas, pero no, solo llevo un cinturón normal de los de avión. ¿Quién me lo ha puesto? Ni siquiera me acuerdo de haber embarcado.

Veo el cogote del piloto por la puerta abierta de la cabina. Estamos solos. Hay nieve en las montañas. El viento zarandea el avión. El piloto parece muy absorto en los controles, con los hombros tensos.

Levanto una mano y me toco la cabeza. Se ha secado la sangre y se ha quedado todo pegajoso. Mi estómago protesta. No he comido nada desde la tostada. ¿Cuánto hace de eso? En el asiento de al lado encuentro agua y un bocadillo envuelto en papel parafinado. Abro la botella y bebo.

Desenvuelvo el bocadillo –jamón y queso– y le doy un mordisco. Mierda. Me duele demasiado la mandíbula para masticar. Deben de haberme dado un golpe en la cara cuando ya estaba en el suelo.

–¿Estamos volviendo? –le pregunto al piloto.

–Depende de lo que entiendas por volver. Vamos a Half Moon Bay.

–¿No te han contado nada de mí?

–Nombre de pila, destino y poca cosa más. Soy un simple taxista, Jake.

–Pero eres miembro, ¿no?

–Sí, claro –contesta con un tono indescifrable–. Fidelidad al cónyuge, lealtad a El Pacto. Hasta que la muerte nos separe.

Se gira el tiempo justo para disuadirme con los ojos de que haga más preguntas.

Pasamos por una turbulencia tan fuerte que se me escapa el bocadillo de las manos. Suena un pitido urgente. El piloto dice una palabrota, aprieta botones como un desesperado y les grita algo a los controladores. Estamos bajando muy deprisa. Me aferro a los apoyabrazos mientras pienso en Alice, rememoro nuestra última conversación y me arrepiento de haberme callado tantas cosas.

De repente, el avión se estabiliza y ganamos altitud. Parece que todo se ha arreglado. Recojo los trozos de bocadillo del suelo, los envuelvo otra vez en el papel parafinado y dejo la masa pringosa en el asiento contigo.

–Perdona por la turbulencia –dice el piloto.

–No es culpa tuya. Buena maniobra.

Sobrevolamos Sacramento a pleno sol. Entonces sí que se relaja, y hablamos de los Golden State Warriors y de lo sorprendente que está siendo su temporada.

–¿Qué día es hoy? –pregunto.

–Martes.

Siento alivio al reconocer la costa por la ventanilla, y gratitud al ver el pequeño aeropuerto de Half Moon Bay. El aterrizaje es suave.

–No te acostumbres, ¿eh? –se gira a decirme el piloto, una vez en tierra.

–No lo tenía pensado.

Recojo mi bolsa y salgo. Él cierra la puerta y, con el motor en marcha, da la vuelta y vuelve a despegar.

Entro en el bar del aeropuerto, pido un chocolate caliente y le mando un mensaje de texto a Alice. Al ser las dos de la tarde de un día laborable, seguro que anda liada en mil reuniones. No quiero molestarla, pero la verdad es que necesito verla.

Me llega la respuesta. «¿Dónde estás?»

«He vuelto a HMB.»

«Salgo en 5 min.»

Entre el despacho de Alice y Half Moon Bay hay más de treinta kilómetros. Después de leer otro mensaje suyo en el que anuncia atascos en el centro, pido algo de comer, casi toda la parte izquierda de la carta. El bar está vacío. La camarera, una chica pizpireta con el uniforme perfectamente planchado, no se aleja mucho de mi mesa.

–Que tenga usted buen día, amigo –me dice cuando le pago la cuenta.

Salgo y me siento a esperar en un banco. Hace frío, con rachas de niebla. Para cuando llega el viejo Jaguar de Alice, estoy helado. Me levanto y compruebo que no me he dejado nada, mientras ella se acerca al banco. Lleva un traje formal, pero se ha quitado los zapatos de tacón para conducir con zapatillas de deporte. Tiene el pelo negro húmedo a causa de la niebla; los labios rojo oscuro, me pregunto si por mí. Espero que sí.

Se pone de puntillas para darme un beso. Hasta entonces no me había dado cuenta de que la echara tanto de menos. Se aparta y me mira de los pies a la cabeza.

–Al menos sigues de una pieza. –Levanta la mano y me toca suavemente la mandíbula–. ¿Qué ha pasado?

–No lo sé muy bien.

La tomo entre mis brazos.

–Bueno, ¿qué, para qué te han hecho ir?

Tengo ganas de contarle muchas cosas, pero me da miedo. Cuanto más sepa, más peligro correrá. Por otro lado, hay que reconocer que si averigua la verdad se va a pillar un buen cabreo.

Qué no daría por volver al principio, antes de la boda, y de Finnegan, y de que El Pacto pusiera patas arriba nuestra vida.

2

Seré sincero: casarnos se me ocurrió a mí. La localización, el sitio, la comida, la música, todo lo que le salió bordado a Alice... Todo eso no fue idea mía, pero casarnos sí. Hacía tres años y medio que nos conocíamos. Quería seguir con ella, y la manera más segura de no perderla era el matrimonio.

Su historial de continuidad no era demasiado bueno. En su primera juventud había sido rebelde, impulsiva y, en algunos casos, demasiado sensible al atractivo de lo reluciente pero efímero. Yo tenía miedo de que si esperaba demasiado se marchase. Para ser sincero, la boda fue un simple medio al servicio de un fin, la permanencia.

Me declaré un plácido martes de enero. Acababa de morir su padre, de manera imprevista, y habíamos vuelto a Alabama. Era su último pariente vivo. Yo nunca la había visto tan afectada. Después del entierro nos quedamos unos días en las afueras de Birmingham, vaciando la casa de su infancia. Por la mañana ordenábamos las cajas del desván, del despacho y del garaje. Estaba todo lleno de recuerdos de la vida familiar: la carrera militar del padre, las hazañas de su difunto hermano como jugador de béisbol, los libros de recetas de su difunta madre, fotos descoloridas de sus abuelos... Era como un yacimiento arqueológico de una pequeña tribu que ya no recordaba nadie, y cuya civilización había dejado de existir.

—Ahora solo quedo yo —dijo, pero sin patetismo, como si fuera lo más normal del mundo.

Su madre había muerto de cáncer, y su hermano se había suicidado. Alice sobrevivía, pero no indemne. Al verlo en retrospectiva, me doy cuenta de que su condición de última de la familia la hizo ser más cariñosa y temeraria de lo que habría sido en otras circunstancias.

Si no hubiera estado sola en el mundo, no estoy seguro de que me hubiera dado el sí.

El anillo de pedida, que había encargado hacía varias semanas, llegó por UPS justo después de la noticia de la muerte de su padre. Al salir con Alice para el aeropuerto metí la caja en mi bolsa, no sé muy bien por qué.

A las dos semanas de nuestra llegada nos pusimos en contacto con una inmobiliaria, para que vinieran a tasar la casa. Durante el recorrido por las habitaciones, el agente tomaba notas a gran velocidad, como si preparase un examen. Al final de la visita nos quedamos en el porche esperando su valoración.

–¿Seguro que queréis venderla? –preguntó.

–Sí –contestó Alice.

–Es que... –Movi6 su portapapeles hacia nosotros–. ¿Por qué no os quedáis? Casaos, tened hijos, montaos aquí la vida... En este pueblo hacen falta familias. Mis hijos se aburren un mont6n. Mi hijo tiene que jugar al f6tbol porque faltan ni6os para un equipo de b6isbol.

–No, por nada –dijo Alice, mirando la calle.

Punto final. «Por nada.» El agente volvi6 al modo profesional. Propuso un precio. Alice, otro algo m6s bajo.

–Para el barrio que es, no llega al precio de mercado –dijo 6l, sorprendido.

–Da igual. Yo lo que quiero es venderla.

Se apunt6 algo en el portapapeles.

–Bueno, est6 claro que me facilitar6 el trabajo.

Horas despu6s lleg6 un cami6n, bajaron varios hombres y la casa se vaci6 de muebles viejos y de electrodom6sticos obsoletos. Solo quedaron dos tumbonas junto a la piscina, id6ntica a como estaba en 1974, cuando excavaron el vaso y lo impermeabilizaron.

Por la ma6ana lleg6 otro cami6n, esta vez con operarios de la inmobiliaria, que descargaron muebles nuevos para toda la casa. Con rapidez y aplomo colgaron cuadros abstractos de gran formato en las paredes, y adornaron las estanter6as con estatuillas brillantes. Cuando se fueron, estaba todo igual pero distinto: m6s limpio y austero, sin todos los estorbos que dan alma a las casas.

El d6a despu6s, un desfile de agentes inmobiliarios gui6 por las habitaciones a una horda de posibles compradores que hac6an lo mismo: susurrar, abrir armarios y estudiar el listado de detalles. Por

la tarde llamó el agente con cuatro ofertas, entre las que Alice optó por la más elevada. Una vez hecho el equipaje, reservé un vuelo de regreso a San Francisco.

Al anoecer, cuando salieron las estrellas, Alice salió a mirar el firmamento, y a despedirse para siempre de Alabama. Hacía calor. Del fondo, al otro lado de la valla, llegaban ráfagas de olor a barbacoa. Las farolas se reflejaban con fuerza en la piscina. La comodidad de las tumbonas era la misma que el día en que debió de sacarlas por primera vez su padre a la terraza, cuando tenía una mujer guapa y morena, y unos hijos pequeños y traviosos. Intuí que Alabama no podía ofrecer nada mejor, pero Alice parecía muy triste, inmune a la belleza que acababa de asaltarnos sin previo aviso.

Más tarde les conté a nuestros amigos que la idea de aprovechar el momento para declararme fue un impulso. Quise animarla. Quise demostrarle que el futuro existía. Quise darle un poco de felicidad en un día tan triste.

Salí a la piscina, me puse de rodillas, saqué el anillo de la caja y me lo puse en la palma de la mano, cubierta de sudor. En ningún momento abrí la boca. Alice me miró, miró el anillo y sonrió.

–Vale –dijo.

3

La boda fue en un prado a orillas del río Russian, a dos horas en coche al norte de San Francisco. Habíamos ido a verlo hacía unos meses, y pasamos de largo un par de veces porque no estaba señalado desde la carretera. Cuando abrimos la verja y bajamos por un camino hacia el río, Alice me abrazó.

—Me encanta —dijo.

Al principio pensé que lo decía en broma. En algunos sitios la hierba llegaba al metro y medio. Era una explotación lechera enorme, laberíntica, con vacas que deambulaban por los pastos. La dueña era la guitarrista rítmica del primer grupo de Alice. Sí, estuvo en un grupo; hasta es posible que hayáis oído alguna canción suya, pero bueno, ya habrá tiempo de hablar de eso.

El día antes de la boda pasé otra vez de largo, porque la finca estaba muy cambiada. La guitarrista, Jane, había dedicado varias semanas a segar, recortar y replantar el pasto. Era increíble. Parecía una calle del campo de golf más perfecto del mundo. La hierba subía por la colina, y luego bajaba hacia el río. Jane dijo que ella y su mujer habían estado buscando un proyecto.

Había una carpa, una terraza y una piscina, con una pérgola moderna; también un escenario junto al río, y una glorieta encima de una loma, con vistas al conjunto. Las vacas seguían paseándose como antes, lentas, pensativas.

Trajeron sillas, mesas, aparatos de música, altavoces y sombrillas. Alice no era muy amante de las bodas, que se dijera, pero sí de las fiestas. En los últimos años, desde que nos conocíamos, no habíamos organizado ninguna, pero yo lo sabía de oídas: grandes juergas en discotecas, playas o en sus anteriores casas. Por lo visto, se le daba especialmente bien; de ahí que yo dejara toda la organización en sus

manos. Meses de hacer planes, y un resultado perfecto, gracias a una sincronización irrefutable.

Doscientas personas. En principio tocaban a cien por novio, aunque al final se descompensó un poco. La lista de invitados quedó rara, como en cualquier boda: mis padres, mi abuela, varios socios del despacho de Alice, compañeros del hospital donde había trabajado yo, antiguos clientes, amigos de la universidad y el posgrado, las viejas amistades de Alice de cuando tenía el grupo, y el resto, un cajón de sastre.

Sin olvidar a Liam Finnegan y su mujer.

Fueron los últimos a los que invitamos, el 201 y 202 de la lista. A él lo conoció Alice tres días antes de la boda, en el despacho de abogados donde trabajaba día y noche desde hacía un año. Sí, ya sé que es raro que mi mujer sea abogada. Si la conocierais, también os sorprendería. Pero ya habrá tiempo de hablar de eso. De momento lo importante es Finnegan y su mujer: Liam y Fiona, los invitados 201 y 202.

En el despacho habían asignado el caso de Finnegan a mi mujer, en calidad de asociada júnior. Era algo sobre propiedad intelectual. En el período de la boda, Finnegan era empresario, pero años antes se había hecho famoso como líder de un grupo de folk-rock irlandés. Es probable que no hayáis oído nada suyo, pero quizá hayáis visto su nombre, porque ha salido en toda la prensa musical británica: *Q*, *Uncut*, *Mojo*... Hay decenas de músicos que lo consideran como una influencia clave.

Desde que le asignaron la demanda a Alice, los discos de Finnegan estuvieron sonando en nuestra casa varios días sin parar. El pleito era todo lo simple que pueden ser los de propiedad intelectual. Un grupo joven había triunfado por todo lo alto plagiando parcialmente una canción de Finnegan. Si sois como yo, que no entiendo de música a nivel técnico, no veríais las similitudes, pero para los músicos, según mi mujer, el plagio era evidente.

El origen del pleito era un comentario de Finnegan, que años antes le dijo a un entrevistador que el bombazo del grupo se parecía sospechosamente a una canción de su segundo disco. No tenía pensando ir más allá, pero el mánager del otro grupo le exigió por carta que pidiera disculpas por el comentario, y declarase públicamente que la canción no era ningún plagio; y a partir de ahí se llegó a la situación

de que mi mujer dedicara un millón de horas a su primer caso importante.

Ya he dicho que ella era la asociada júnior; por eso, cuando la justicia dictaminó a favor de Finnegan, todo el mérito se lo llevaron los socios. Un mes más tarde, a falta de una semana para nuestra boda, Finnegan hizo una visita al despacho. Le habían concedido una indemnización demencial, muy superior a lo que quería, y no digamos a lo que necesitaba, y quería agradecerles a todos su labor. Cuando llegó, los socios se lo llevaron a una sala de reuniones, donde lo obsequiaron con historias sobre su fantástica estrategia. Al final él les dio las gracias, pero luego les pidió permiso para conocer a todos los que habían trabajado de verdad en el caso. Citó un par de informes y mociones, demostrando una atención a los detalles que dejó sorprendidos a los socios.

Entre los informes que más le gustaban estaba uno de Alice, muy gracioso y creativo, en la medida en que pueda serlo un informe jurídico, así que los socios la invitaron a que entrara en la sala, y en un momento dado alguien comentó que ese fin de semana se casaba. Finnegan dijo que le encantaban las bodas.

—¿Quiere venir a la mía? —le preguntó Alice, medio en broma; y él, para sorpresa general, accedió.

—Sería un honor.

Luego, justo antes de marcharse, pasó por el cubículo de Alice, que le dio una invitación.

Dos días más tarde llegó un mensajero a nuestro piso con una caja. La verdad es que no nos sorprendió, porque durante la semana ya nos habían entregado varios regalos de boda. En el remite ponía «Familia Finnegan». Abrí el sobre. Dentro había una tarjeta blanca doblada por la mitad, con una foto de una tarta delante. De buen gusto.

Alice, Jake, mi más sincera enhorabuena por vuestro inminente enlace. Si respetáis el matrimonio, os dará mucho a cambio.

Liam.

Hasta entonces los regalos no habían sido demasiado sorprendentes. Había una especie de ecuación que me permitía predecir su contenido antes de abrirlos. El coste total del regalo solía ser una

combinación de los ingresos netos del regalador multiplicados por los años que hacía que nos conocíamos, y divididos por pi. O algo por el estilo. La abuela nos compró una cubertería completa para seis personas; mi primo, una tostadora.

Con Finnegan, en cambio, no podía hacer cálculos. Era un empresario de éxito, acababa de ganar un pleito importante y tenía un catálogo de canciones que probablemente no le reportara grandes ingresos. El caso es que lo conocíamos desde hacía poco. Bueno, de hecho no podíamos decir que lo conociéramos.

Rompí enseguida el envoltorio, por curiosidad. Era una caja grande y pesada de madera reciclada, con un sello grabado a fuego en la parte superior. Al principio pensé que era una caja de algún whisky irlandés superelitista y de producción muy limitada, lo cual tenía su lógica: era justo lo que habría predicho la ecuación de los regalos.

Me puse un poco nervioso. Ni Alice ni yo teníamos bebidas fuertes en casa. Más vale que me explique. Nos conocimos en un centro de desintoxicación al norte de Sonora. Yo para entonces ya llevaba unos años dedicado a la psicoterapia, y no dejaba pasar ninguna ocasión para seguir formándome. Estaba sustituyendo a un amigo para tener más experiencia laboral. El segundo día me puse al frente de un grupo de terapia del que formaba parte Alice. Dijo que bebía demasiado y que tenía que dejarlo. No definitivamente, dijo, sino el tiempo justo para aplicar una serie de cambios que estabilizaran su vida. Explicó que nunca había sido muy bebedora, pero que una serie de tragedias familiares la habían llevado a adoptar una conducta temeraria, y que quería controlarla. Me impresionaron su compromiso y su claridad.

Varias semanas después volví a la ciudad y decidí llamarla. Estaba tratando a un grupo de adolescentes con problemas del mismo tipo, y tenía la esperanza de que Alice se prestara a darles una charla. La falta de rodeos con que hablaba de sus propios problemas era a la vez directa y atractiva. Yo quería ganarme a los chicos, y sabía que a ella le harían caso. El hecho de que fuera música ayudaría. Con su chupa gastada de motero, su pelo negro corto y sus historias de la vida en la carretera, molaba por su aspecto y por lo que decía.

Resumiendo, que aceptó hablar para mi grupo, salió bien, la invité a comer, nos hicimos amigos, pasaron los meses, empezamos a

salir, nos compramos un piso, y luego, como ya sabéis, le pedí que se casara conmigo.

Total, que cuando llegó el paquete de Finnegan me puse nervioso, pensando que sería una botella de algo increíblemente exquisito. Durante los meses iniciales de nuestra relación, Alice nunca bebía. Al cabo de un tiempo empezó a tomarse alguna que otra cerveza o una copa de vino durante la cena. No es el camino tradicional de quienes tienen problemas relacionados con el alcohol, pero en el caso de Alice pareció que funcionaba. Solo vino y cerveza, eso sí. Con las bebidas fuertes, decía en broma, siempre «acaba alguien en la cárcel», cosa difícilmente imaginable, porque yo nunca había conocido a nadie que lo tuviese todo más controlado que ella.

Puse el regalo encima de la mesa. Una caja de madera elegante y bastante pesada.

Lo que no me cuadró fue la etiqueta.

EL PACTO.

¿Cómo puede llamarse EL PACTO un whisky irlandés?

Al abrir la caja vi que dentro había otra, también de madera, con un envoltorio de terciopelo azul, y en cada lado una pluma de aspecto prohibitivo, hecha de plata, de oro blanco o quizá de platino. Al sopear una, me sorprendió su consistencia, su estructura. Era uno de esos regalos exquisitos que se le hacen a alguien que lo tiene todo. Por eso me extrañó que nos lo hicieran a nosotros dos, que aunque trabajásemos mucho, y nos ganásemos bien la vida, no lo teníamos todo, en absoluto. De hecho, yo le había comprado a Alice una pluma para su licenciatura en Derecho; una pluma muy bonita, comprada a un particular suizo después de investigar durante meses el campo, sorprendentemente complejo, de los instrumentos de escritura de alta calidad. Era como haber abierto una puerta pensando que detrás había un pequeño armario, y haber encontrado todo un universo. A la hora de pagarla no reparé en subterfugios que ocultasen su precio exorbitante. No quería que, llegado el caso de que Alice la perdiera, le agobiara el verdadero alcance de la pérdida. Cogí la pluma de Finnegan y dibujé unos cuantos círculos en el papel de regalo, seguidos por la frase «¡Gracias, Liam Finnegan!». La tinta corría con fluidez a medida que la plumilla se deslizaba por el papel satinado.

La pluma llevaba algo grabado. La letra era tan pequeña que no pude leerla. Me acordé de una lupa que venía con un juego de mesa

que me había regalado Alice para Navidad. Busqué en el armario del pasillo y lo encontré detrás del Risk, el Monopoly y el Boggle. La lupa aún estaba envuelta en celofán. Acerqué la pluma a la lámpara, y puse la lupa delante.

ALICE & JAKE, la fecha de la boda y después, sencillamente, DUNCANS MILLS, CALIFORNIA. Reconozco que me decepcionó un poco. Esperaba más de uno de los mejores cantantes folk vivos del mundo. De hecho no me habría sorprendido que la inscripción contuviera el sentido de la vida.

Saqué la otra pluma y la dejé sobre la mesa. Luego saqué la caja más pequeña. Era de la misma madera reciclada que la otra y tenía los mismos herrajes elegantes y el mismo logo frontal, grabado a fuego: EL PACTO. Me sorprendió su peso.

Al intentar abrirla me encontré con que era imposible, así que volví a dejarla encima de la mesa y busqué una llave en el paquete. Lo único que encontré al fondo fue una nota escrita a mano: «Que sepáis, Alice y Jake, que El Pacto nunca os abandonará».

Me quedé mirándola. ¿Qué podía significar?

Alice no saldría hasta tarde del trabajo. Tenía que dejar atados muchos casos y proyectos antes de la boda y la luna de miel. Cuando llegó habían surgido otras mil cosas, y me olvidé del regalo de Finnegan.

4

En los primeros cinco minutos de una boda ya se puede ver por dónde irán los tiros. Si llega la gente un poco tarde y va despacio, es señal de que puede que sea un rollo. En cambio, a la nuestra llegaron todos con antelación. Mi padrino, Angelo Foti, y su mujer, Tami, tardaron menos de lo previsto en llegar de la ciudad en coche, así que hicieron tiempo en un café de Guerneville, y mientras tomaban algo se fijaron en que había otras cuatro parejas vestidas como para una boda. Se presentaron, y parece que la fiesta empezó ahí mismo.

Entre la sucesión de amigos y parientes, mis nervios y todo lo demás, no me di cuenta de que había aparecido Finnegan hasta después del comienzo de la ceremonia. Estaba yo mirando a Alice, preciosa vestida de novia, mientras se acercaba a mí por el pasillo, cuando por encima de su hombro entreví a Finnegan en la última fila. Llevaba un traje impecable, con corbata rosa. Su acompañante, una mujer a la que sacaría unos cinco años, iba de verde. Me sorprendió que sonrieran. Se les notaba contentos por haber venido. Supongo que pensaba que Finnegan y su mujer se limitarían a cumplir, que llegarían tarde y se marcharían temprano, reduciendo su presencia a un puro trámite, una obligación social, una simple X en una casilla; pero no fue así, al contrario.

Ahora sé algo que entonces no sabía: que en las bodas, si te fijas, puedes identificar a las parejas felizmente casadas. Será por lo que tiene de confirmación de lo que decidieron, o de simple fe en la convención del matrimonio, pero existe un algo, tan fácil de reconocer como difícil de definir, y los Finnegan lo tenían. Antes de que volviera a fijarme en Alice —que estaba muy guapa, con un vestido blanco sin mangas y un sombrero *pillbox* retro—, mi mirada se cruzó con la de Finnegan, que sonrió y brindó con una copa imaginaria.

La ceremonia fue muy rápida: el anillo, el beso... A los pocos minutos de que recorriera Alice el pasillo estábamos casados, y luego, igual de repentinamente, se encontraba la fiesta en su apogeo. Me vi inmerso en conversaciones con amigos, parientes, compañeros de trabajo y unos cuantos colegas del instituto, empecinados todos en volver a contar versiones de mi vida en las que en muchos casos equivocaban el orden cronológico, pero siempre narradas desde un punto de vista positivo. A Finnegan no volví a verlo hasta que empezó a hacerse de noche. Estaba cerca del escenario, viendo cómo se las apañaban los amigos músicos de Alice con una selección ecléctica de canciones. Tenía delante a su mujer, y le rodeaba la cintura con las manos. Ella le había tomado prestada la chaqueta del traje para protegerse del fresco de la noche. Seguían ambos con la misma cara de satisfacción.

Había perdido la pista de Alice, así que la busqué entre la multitud hasta que me di cuenta de que estaba sobre el escenario. Nunca había tocado desde que nos conocíamos. Era como si se hubiera desvinculado por completo de esa parte de su vida. Las luces estaban apagadas, pero vi en la oscuridad que señalaba a amigos, llamándolos al escenario: Jane, la antigua batería del grupo, un amigo del despacho de abogados, con su bajo, y otros, un grupo de gente a la que yo no conocía mucho, o en algunos casos nada, pero cuya presencia hablaba de toda una vida antes de mí, una parte importante de su esencia que por algún motivo me estaba vedada. Verla así me produjo una mezcla de tristeza y de entusiasmo; tristeza porque, aunque no quisiera, me sentía excluido, superfluo; alegría porque... pues porque Alice seguía siendo un misterio para mí, en el mejor sentido posible. Tendió la mano hacia Finnegan. Todo empezó a resplandecer de una luz azulada, y me di cuenta de que al acercarse Finnegan al escenario la gente había sacado discretamente los móviles para grabarlo.

Mi mujer se quedó un buen rato sin moverse. La expectación fue apagando las voces. Finalmente se acercó al micrófono.

—Amigos —dijo—, muchas gracias por estar aquí.

Me señaló, al mismo tiempo que empezaba a sonar una nota de órgano a sus espaldas. Finnegan, en el teclado, estaba en su elemento. Guiados por el órgano fueron entrando en liza el resto de los instrumentos, creando un sonido hermoso, indefinible. Alice seguía

mirándome, mientras se contoneaba suavemente al ritmo de la música. Al subir de intensidad las luces, Finnegan insinuó una melodía que reconocí de inmediato. Era una canción antigua, de las mejores de Led Zeppelin, sutil y contagiosa; una canción de boda muy bonita, «All My Love». Al principio la voz de Alice era tenue, insegura, pero fue adquiriendo más aplomo. Parecía que Finnegan y ella estuvieran en la misma onda, no sé muy bien por qué.

Al vaivén de la música, Alice entró en un círculo de luz, cerró los ojos y repitió el estribillo, precioso; palabras muy sencillas, pero que hicieron que me diera cuenta por primera vez de que, en efecto, me quería. Miré por la carpa, y vi que todos nuestros amigos y parientes se mecían con la música a media luz.

Luego cambió un poco la canción, y Alice entonó el verso crítico que yo hacía tiempo que ya no recordaba, una pregunta sencilla pero que cubría el resto de la letra con una fina pátina de ambigüedad y duda. Durante un momento tuve la impresión de perder el equilibrio. Me apoyé en el respaldo de una silla y miré a mi alrededor, viéndolo todo a la luz de la luna: la gente, los pastos, las vacas dormidas en el campo, el río... Junto al escenario vi bailar a la mujer de Finnegan, con su vestido verde y los ojos cerrados, inmersa en la música.

La fiesta se alargó varias horas. Al amanecer nos quedamos unos pocos alrededor de la piscina, viendo salir el sol al otro lado del río. Alice y yo compartíamos una tumbona. En la de al lado estaban los Finnegan.

Al final recogieron sus chaquetas y zapatos y se dispusieron a marcharse.

—Os acompañamos —dijo Alice.

Mientras íbamos los cuatro hacia la entrada, tuve la sensación de que los conocía desde hacía años. En el momento en que subían a su Lamborghini —prestado, dijo con un guiño Finnegan, por un amigo—, me acordé del regalo.

—Ah —dije—, me había olvidado de daros las gracias. Teníamos pensado hablar de vuestro intrigante regalo.

—Claro, claro —contestó Finnegan—. Todo a su debido tiempo. —Su mujer sonrió—. Mañana volvemos a Irlanda, pero ya os mandaré un correo electrónico cuando hayáis vuelto de la luna de miel.

No se habló más. Dos semanas en un hotel prácticamente abandonado, pero con un pasado de esplendor, a orillas del Adriático, un largo vuelo de regreso, y de repente regresábamos al punto de partida: iguales, pero casados. ¿Era el final o tan solo el principio?

5

Después de la luna de miel los dos nos esmeramos en evitar la decepción que tan fácilmente podría haber seguido a la estupenda fiesta y a las semanas de tranquilidad y sol en la playa. Durante la primera noche, instalados de nuevo en nuestra pequeña casa de San Francisco, a diez manzanas del borde del continente y de la playa menos soleada del mundo, saqué la vajilla de mi abuela y preparé una cena de tres platos y postre, con servilletas de tela y velas en la mesa. Ya llevábamos más de dos años viviendo juntos, y quise que la sensación de estar casados fuera diferente.

Hice una receta de asado con patatas que había encontrado en internet, y que me salió malísima, un mejunje marrón y carnoso, catastrófico. Hay que decir en honor de Alice, que dejó el plato limpio y que aseguró que estaba delicioso. Pese a ser menuda –ni con sus tacones más altos pasa del metro sesenta y cinco–, con la comida casera es una lima. Es algo de ella que siempre me ha gustado. Suerte que salvó la cena el pastel con cobertura de chocolate. La noche siguiente probé con otra cena familiar, y esta vez acerté más.

–¿Me esfuerzo demasiado? –pregunté.

–Como no sea en engordarme... –dijo Alice mientras rebañaba el plato comiéndose un muslo y el puré de patatas.

A partir de entonces fuimos recayendo en nuestras viejas costumbres. Pedíamos pizza de salchicha, o algún plato preparado, y comíamos delante de la tele. Fue en una de esas noches, mientras nos tragábamos toda una temporada seguida de *Life After Kindergarten*, cuando se oyó el tono de entrada de un correo electrónico en el móvil de Alice.

Lo miró.

–Es de Finnegan –dijo.

–¿Qué pone?

Leyó en voz alta.

–«Muchas gracias por acogernos a Fiona y a mí con los brazos abiertos en la celebración de vuestro enlace. Nada nos gusta tanto como una boda bonita y una fiesta trepidante. Fue un honor participar en un día tan especial para vosotros.»

–Qué amables.

–«Dice Fiona que tú y Jake le recordáis a nosotros hace veinte años –siguió leyendo Alice–. Insiste en que el verano que viene paséis unos días con nosotros en la casa que tenemos en el norte.»

–Guau –dije yo–. Parece que de verdad les apetece que seamos amigos.

–«Y ahora, finalmente, el regalo –continuó Alice–. El Pacto también lo recibimos Fiona y yo al casarnos. Nos lo dejaron en la entrada de casa un lunes por la mañana, mientras llovía, y hasta dos semanas después no averiguamos que era del profesor de guitarra que había tenido yo de pequeño, un hombre mayor de Belfast.»

–¿Un regalo reaprovechado? –pregunté, perplejo.

–No, no creo –respondió Alice, antes de bajar la vista hacia el teléfono y seguir leyendo–. «Resultó ser el mejor regalo que nos hicieron a Fiona y a mí, y si queréis que os diga la verdad, el único del que me acuerdo. Con el paso de los años les hemos regalado El Pacto a unas cuantas parejas jóvenes. No es para todos, conviene que os lo diga desde un primer momento, pero aunque hayamos pasado tan poco tiempo juntos, tengo la sensación de que puede amoldarse bien a ti y a Jake. ¿Te puedo hacer unas cuantas preguntas?»

«Sí», tecleó rápidamente Alice, y se quedó mirando su teléfono.

Ping.

Volvió a leer en voz alta.

–«Perdonad que sea tan descarado, pero ¿vosotros queréis que dure para siempre vuestro matrimonio? ¿Sí o no? Solo funciona si sois sinceros.»

Alice me miró un poco extrañada, y después de un titubeo un poco demasiado largo escribió «sí».

Ping.

Parecía cada vez más intrigada, como si Finnegan la estuviera llevando por una calle oscura.

«¿Creéis que un matrimonio largo pasa por épocas de felicidad y de tristeza, de luz y de sombra?»

«Por supuesto.»

Ping.

«¿Estáis dispuestos a esforzaros por que dure siempre vuestro matrimonio?»

–No hace falta decirlo.

Alice escribió.

Ping.

«¿Alguno de los dos se rinde fácilmente?»

«No.»

«¿Los dos estáis abiertos a las novedades? ¿Y dispuestos a aceptar ayuda de vuestros amigos si lo hacen por vuestro éxito y vuestra felicidad?»

Qué raro. Alice me miró.

–¿A ti qué te parece?

–Que sí. Yo al menos sí.

–Vale, pues yo también –dijo mientras tecleaba.

Ping.

«Fantástico. ¿Estáis libres el sábado por la mañana?»

Alice levantó la vista.

–¿Estamos libres?

–Sí, claro –contesté.

«Sí –escribió–. ¿Estáis en la ciudad?»

«Por desgracia estoy en un estudio de las afueras de Dublín, pero iré a veros mi amiga Vivian para explicaros El Pacto. Si os parece bien, sería un honor que tú y Jake decidierais uniros a un grupo tan especial como el nuestro. ¿Qué tal a las diez de la mañana?»

Alice hizo unas consultas en el calendario del móvil, y volvió a contestar «sí».

Ping.

«Genial. Seguro que congeniaréis con Vivian.»

Seguimos a la espera, pero ya no llegaron más mensajes. Ni Alice ni yo apartábamos la vista del teléfono, en espera de que volviera a pitar.

–¿A ti no te parece... un poco complicado? –pregunté finalmente.

Alice sonrió.

–¿Qué quieres que pase?

6

U nas palabras sobre mí. Soy psicólogo y terapeuta. Mis padres me querían, y mi infancia, vista desde fuera, podría parecer idílica, pero a veces se me hizo duro crecer. Con la perspectiva de los años veo que más que elegir mi profesión, me eligió ella a mí.

Entré en la UCLA para especializarme en biología, pero no me duró mucho. Al principio de mi segundo año entré a trabajar en un servicio de apoyo telefónico al alumnado para la Facultad de Letras y Ciencias. Disfruté de los estudios, y más tarde del trabajo. Me gustaba hablar con la gente, escuchar sus problemas y ayudar a encontrar alguna solución. Al licenciarme, como no quería renunciar a mi «carrera» de orientador, me matriculé en el posgrado de Psicología Aplicada de la UC Santa Bárbara. Volví a San Francisco con una beca postdoctoral, y trabajé con adolescentes en situación de riesgo.

Con dos amigos de esa beca comparto hoy un pequeño gabinete. Hace dieciocho meses, cuando montamos el grupo en los restos de un viejo taller de reparación de aspiradoras del barrio de Outer Richmond, teníamos miedo de no poder llegar a fin de mes. Llegamos incluso a plantearnos montar un negocio paralelo que nos ayudara a pagar el alquiler, sirviendo cafés y mis galletas de chocolate, famosas en nuestro círculo más íntimo.

Al final, sin embargo, pudimos comprobar que el despacho sobrevivía sin necesidad de intervenciones desesperadas. Mis dos socios, Evelyn (treinta y ocho años, soltera y superinteligente, hija única, de Oregón) e Ian (británico, cuarenta y un años, también soltero, gay y el mayor de los tres) son personas simpáticas, encantadoras y en líneas generales felices. A esta felicidad atribuyo, en cierto modo, que haya sobrevivido el negocio.

Nos repartimos los ámbitos entre los tres. Evelyn trabaja sobre todo con las adicciones, Ian está especializado en gestión de la ira en adultos y en TOC, y a mí me tocan los niños y los jóvenes. Si un paciente encaja con claridad en alguna de estas categorías, es asignado al socio correspondiente. Lo demás nos lo repartimos a partes iguales. Últimamente, sin embargo, hemos decidido expandirnos. Bueno, la que lo decidió fue Evelyn: al volver de mi luna de miel descubrí que me había puesto al frente de nuestra expansión a la terapia conyugal.

—¿Por mi gran experiencia con el matrimonio?

—Exacto.

De hecho, ya me había conseguido tres clientes nuevos. Por algo es la genio del marketing. Ante mis protestas, me enseñó los correos electrónicos donde ponderaba a los clientes mis años de experiencia como terapeuta y mis dos semanas exactas de experiencia conyugal.

Soy una persona con temor a no estar preparado. Por eso, al recibir la noticia de Evelyn, entré enseguida en modo pánico, y empecé a ponerme al día. Investigué la evolución del matrimonio, y me sorprendió descubrir que solo hace unos ochos siglos que se afianzó el matrimonio monógamo en las sociedades occidentales.

También descubrí que los casados viven más tiempo que los solteros. Ya lo había oído comentar, pero nunca había consultado los estudios, y la verdad es que son bastante convincentes.

Un comentario en las antípodas es este de Groucho Marx: «El matrimonio es una institución maravillosa, pero ¿a quién le apetece vivir en una institución?»

Me apunté esta y muchas otras citas, tanto de internet como de un estante entero de libros sobre el matrimonio que compré en la librería de al lado del gabinete.

Para que tenga éxito el matrimonio hay que enamorarse muchas veces, siempre de la misma persona.

No os sofoquéis mutuamente, que en la sombra no crece nada.

Cosas por el estilo. Aunque las citas puedan incurrir en un exceso de simplificación, y ser el último refugio del diletante, me gusta tenerlas a mano en mis sesiones de orientación matrimonial. A veces

te ves en una situación en la que no sabes qué decir. Un poco de Groucho Marx sirve para romper el hielo, llevar por un camino inesperado o, simplemente, darme un minuto a mí mismo para ordenar mis ideas.

7

El sábado nos levantamos temprano para preparar la llegada de Vivian. A las 9.45 Alice acabó de pasar la aspiradora, mientras yo sacaba los bollos de canela del horno. Nos habíamos puesto un poco más elegantes de lo habitual sin acordarlo. Al verme salir del dormitorio con una camisa de vestir y unos chinos que llevaba meses sin ponerme, Alice se rio.

–Si tengo que comprarme una tele de pantalla plana en el Best Buy, te llamaré –dijo.

Era una simple manera de intentar mejorar un poco nuestra imagen, y la de nuestra casita con vistas muy parciales al Pacífico. No sé muy bien por qué sentíamos la necesidad de impresionar a Vivian, pero el caso es que no nos hizo falta verbalizarlo para comprender que era un deseo compartido.

A las 9.52, Alice acabó de cambiarse por tercera vez. Entró en la sala de estar y dio un giro para enseñar su vestido azul de flores.

–¿Demasiado?

–Perfecto.

–¿Y los zapatos?

Llevaba unos de tacón de los que solo se ponía para ir a trabajar.

–Demasiado formales –contesté.

–Vale.

Se fue por el pasillo y volvió con unos Fluevog rojos.

–Ideales –le dije.

Miré por la ventana de la calle, pero no había nadie. Estaba un poco nervioso, como si esperásemos una entrevista de trabajo para un puesto al que ni siquiera nos habíamos presentado. Pero que aun así queríamos. Entre la caja, las plumas y los correos crípticos, Finnegan lo había hecho sonar tan atractivo, y reconozco que tan

exclusivo... En el fondo Alice es una perfeccionista de tomo y lomo: cuando empieza algo siempre quiere llegar hasta el final. Y cuando llega al final de algo siempre quiere ganar, la beneficie o no.

A las 9.59 volví a mirar por la ventana. Había una niebla muy espesa. No vi ningún coche, ni en una ni en otra dirección.

Pasos en la escalera. Tacones, de los de vestir. Alice bajó la vista hacia sus Fluevog, y después me miró a mí.

–¡Mal elegido! –susurró.

Me acerqué a la puerta, cohibido, y la abrí.

–Vivian –dije con una formalidad involuntaria.

Llevaba un vestido de buen corte, pero insólitamente amarillo, a lo Tour de Francia. La encontré más joven de lo que me esperaba.

–Tú debes de ser Jake –dijo–. Y tú –añadió–, Alice. Eres aún más espectacular que en la foto.

Alice no se puso roja. No es de las que se ruborizan. Su reacción fue ladear la cabeza y quedarse mirando a Vivian como si la examinara. Conociéndola, lo más probable es que sospechase que el comentario iba con segundas, pero yo me di cuenta de que había sido sincero. Es el efecto que tiene Alice en la gente. Yo, sin embargo, sabía que habría renunciado encantada a sus pómulos marcados, sus grandes ojos verdes y su lustrosa cabellera negra –las tres cosas a la vez– a cambio de una familia normal, una familia viva, cariñosa, una madre que no se hubiera destrozado el hígado, un padre que no se hubiera destrozado los pulmones y un hermano que no hubiera optado por lo que se llama, equivocadamente, «la solución más fácil».

Vivian, por su parte, tenía el atractivo de las mujeres seguras de sí mismas, con buena formación y buen gusto. Su *look* era un ochenta por ciento trabajo y un veinte «*brunch* de sábado por la mañana con amigos». Llevaba un bolso de piel buena, y un collar de perlas reluciente. Cuando le dio la luz en la cara, pensé que en realidad no le faltaba mucho para cumplir los cincuenta. Tenía el pelo brillante, y una luminosidad en la piel que atribuí a una dieta orgánica, un ejercicio regular y la moderación como principio general. Me la imaginé con un buen cargo en una empresa tecnológica, acciones y una prima anual que nunca quedaba por debajo de sus expectativas.

Cuando viene a mi consulta un posible cliente, suele bastarme una mirada para calibrar la gravedad de su problema. La ansiedad,

el estrés y la inseguridad van revelándose en las caras a medida que pasan los años. Es como las curvas de los ríos: el estrés, o la ansiedad, se acumulan poco a poco en el rostro hasta que se dibuja algo perceptible a simple vista.

En el momento del que hablo, cuando se abrió paso la luz entre la niebla y entró a borbotones en nuestra sala de estar, irradiando literalmente la cara de Vivian, pensé que era una mujer sin estrés, ansiedad ni inseguridad.

—¿Un café? —pregunté.

—Sí, gracias.

Se sentó en el gran sillón azul que había costado la mitad del primer sueldo de Alice en el despacho de abogados. Acto seguido abrió su maletín y sacó un ordenador portátil y un pequeño proyector.

Fui de mala gana a la cocina. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que estaba nervioso por dejar a Alice sola con Vivian. Cuando volví con el café, estaban hablando de nuestra luna de miel y de lo bonita que es la costa del Adriático. Vivian preguntó por nuestro hotel, llamándolo por su nombre. ¿Cómo sabía dónde nos habíamos alojado?

Me senté al lado de Alice y serví tres bollos de la bandeja en otros tantos platos de postre.

—Gracias —dijo Vivian—. Me encantan los bollos de canela.

Conectó el proyector al portátil y se levantó.

—¿Os importa que quite este cuadro?

En realidad ya había empezado a descolgarlo de la pared. Era una foto de Martin Parr que me había regalado Alice en mi último cumpleaños. Siempre me había gustado, pero no me la había podido permitir. Era una escena de tormenta, con un solo personaje visto de muy lejos: un hombre que nadaba en una piscina pública hecha polvo, al lado de un mar verde y picado, en un pueblo escocés de mala muerte. Al preguntarle dónde la había comprado, Alice se había reído. «¿Comprado? Ojalá hubiera sido tan fácil.»

—Bueno —dijo Vivian, girándose—, ¿cuánto os ha contado Liam?

—La verdad —contestó Alice— es que nada.

—¿Os parece que abramos la caja? —preguntó Vivian—. Con que traigáis la más pequeña de las dos me vale. También necesitaremos las plumas.

Volví al pasillo para ir a la habitación del fondo, donde guardábamos los regalos de boda pendientes. Según los manuales de etiqueta, el margen para mandar una carta de agradecimiento es de un año exacto, pero en el mundo del correo electrónico y de la mensajería instantánea un año parece una eternidad. Cada vez que veía los regalos me sentía culpable de que nos faltasen tantas tarjetas por mandar.

Dejé la caja y las plumas en la mesa de centro, frente a Vivian.

–Aún está cerrada –dijo sonriendo–. Habéis pasado la primera prueba.

Alice daba sorbos de café, nerviosa. No había visto la caja hasta después de la luna de miel, momento en que había intentado forzar la cerradura con unas pinzas sin lograrlo.

Vivian metió la mano en su maletín y sacó unas llaves doradas. Al encontrar la que buscaba, la introdujo en la cerradura, pero sin girarla.

–Necesito una confirmación verbal de que estáis dispuestos a seguir adelante –dijo. Y se quedó a la expectativa, mirando a Alice.

Ahora que lo pienso me doy cuenta de que en ese momento ya deberíamos haber notado algo raro. Deberíamos haberle dicho a Vivian que se fuera y no haber respondido a la llamada de Finnegan. Deberíamos haber puesto punto final ahí mismo, antes de que empezara de verdad, pero éramos jóvenes, teníamos curiosidad y nuestro matrimonio aún estaba fresco. Además, el regalo de Finnegan había sido tan inesperado, y su intermediaria le había puesto tanto entusiasmo, que habría parecido de mala educación decir que no.

Alice asintió con la cabeza.

–Lo estamos.

8

Vivian puso en marcha el proyector. En la pared, justo donde había estado, hasta hacía pocos minutos, mi foto de Martin Parr, apareció una diapositiva.

Ponía: EL PACTO.

Nada más. Y nada menos. En grandes letras Courier, negro sobre blanco.

–Bueno –dijo Vivian mientras se limpiaba los dedos con una servilleta sobrante de la boda. Aún me impactaba un poco (en el buen sentido) ver impresos nuestros nombres en la servilleta: «Alice & Jake»–, os tengo que hacer unas preguntas.

Sacó un portafolios de piel del maletín y lo abrió. Dentro había una libreta amarilla. El proyector seguía imprimiendo las palabras EL PACTO en nuestra pared. Intenté no mirar aquellas letras imponentes que se cernían sobre Alice y yo, y sobre nuestro nuevo y frágil matrimonio.

–Ninguno de los dos había estado casado, ¿verdad?

–Verdad –respondimos al unísono.

–Hasta entonces, ¿cuánto había durado vuestra relación más larga?

–Dos años –dijo Alice.

–Siete –contesté yo.

–¿Siete? –preguntó Vivian.

Asentí con la cabeza.

–Muy interesante. –Vivian anotó algo en su libreta–. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados vuestros padres?

–Diecinueve años –dijo Alice.

–Cuarenta y pico –contesté yo, sintiendo un orgullo inmerecido por el éxito matrimonial de mis progenitores–. Todavía lo están.

–Estupendo. –Vivian asintió con la cabeza–. Alice, ¿el matrimonio de tus padres acabó en divorcio?

–No.

Alice aún tenía demasiado reciente la muerte de su padre, y vi que no quería entrar en detalles. En muchos aspectos es un libro cerrado. No es el rasgo que menos me cuesta aceptar como psicólogo, ni como marido, dicho sea de paso.

Vivian se inclinó y apoyó los codos en la libreta amarilla.

–¿Cuál diríais que es el motivo más habitual de divorcio en el mundo occidental?

–Tú primero –dijo Alice, dándome unos golpecitos en la rodilla.

No tuve que esforzarme mucho.

–La infidelidad.

Vivian y yo miramos a mi mujer.

–¿La claustrofobia? –propuso ella.

No era la respuesta que esperaba yo.

Vivian puso nuestras respuestas por escrito en la libreta.

–¿Os parece que la gente tiene que responsabilizarse de sus actos?

–Sí.

–Sí.

–¿Creéis que la terapia de pareja puede servir de algo?

Me reí.

–¡Eso espero!

Escribió algo más. Me incliné para ver qué anotaba, pero tenía una letra demasiado pequeña. Cerró el portafolios y mencionó a dos actores famosos que se habían separado hacía poco. En el último mes no se había hablado de otra cosa que de los detalles más sórdidos de su divorcio.

–Bueno –preguntó Vivian–, ¿vosotros cuál de los dos diríais que tiene la culpa del divorcio?

Alice frunció el ceño, intentando deducir qué quería oír Vivian. Ya he dicho que es una perfeccionista. No se conforma con aprobar el examen, a lo que aspira es a la nota máxima.

–Me imagino que la culpa la tendrán los dos –contestó–. No creo que lo que hizo ella con Tyler Doyle fuera muy maduro, que se diga, pero su marido podría haber reaccionado de otra manera. Para empezar, no debería haber colgado esos *tweets*.

Vivian asintió con la cabeza. Alice se irguió un poco, claramente satisfecha. Se me pasó por la cabeza que de niña, en el colegio, ya debía de ser así: siempre con el dedo en alto, preparada, con ganas de participar. Ahora la hacía parecer vulnerable, en el buen sentido de la palabra. No dejaba de ser incongruente, y a la vez entrañable, que mi mujer –con su trabajo de primera, sus acuerdos extrajudiciales millonarios y su vestuario tan adulto– pusiera tanto empeño en contestar correctamente.

–Estoy totalmente de acuerdo con mi mujer, como siempre.

–Buena respuesta –dijo Vivian con un guiño–. Faltan pocas. ¿Cuál es vuestra bebida favorita?

–La leche con cacao –contesté yo–. Cuando hace frío, el chocolate caliente.

Alice se lo pensó un momento.

–Antes, zumo de arándano, vodka y hielo. Ahora el agua con gas Calistoga con sabor a frutos del bosque. ¿Y la tuya?

Vivian parecía un poco sorprendida de que se giraran las tornas.

–Probablemente el Green Spot de doce años, solo. –Miró los papeles–. Ahora la gorda: ¿queréis que vuestro matrimonio dure siempre?

–Sí –lo dije automáticamente–. Por supuesto.

–Sí –dijo Alice.

Parecía que lo hubiera dicho en serio, pero ¿y si solo era para aprobar el examen?

–Ya está –dijo Vivian, deslizando el portafolios en el maletín de cuero–. ¿Miramos las diapositivas?